

Antropología política-económica como recurso para estudios del narcotráfico. Colombia y México pares y dispares

Diego Fernando Porras Marulanda
México

Introducción

Los puntos de partida de este trabajo fueron dos hechos en mi más reciente viaje a San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, para asistir al XX Congreso Nacional de Estudiantes en Ciencias Antropológicas. El primero fue en la entrevista con Andrés Fábregas Puig, actual Rector de la Universidad Intercultural de Chiapas, reconocido antropólogo mexicano, quien viene publicando sus aportes académicos desde hace cuatro décadas. Desde el comienzo centré dicha conversación en la Antropología Política, mi tema de interés, sabiendo que el Dr. Fábregas fue tal vez el primer antropólogo mexicano en impulsar este campo de estudio, hacia finales de los setentas.

El segundo hecho fue una de las conferencias magistrales del congreso, impartida por el antropólogo colombiano Juan Cajas Castro, sobre el tema de la antropología de la violencia, enfocada en la situación actual de México y relacionando el tema, parece inevitable, con la violencia del narcotráfico en Colombia. Por mi condición de colombiano que padeció la zozobra de la violencia en los noventas, y mi actual residencia en México, donde la llamada “guerra contra el narcotráfico”

tiene aterrorizada a la población civil; no pude ser indiferente a dichos postulados.

Lo que me quedó sonando de la entrevista con Fábregas, fue cómo cada vez que me ponía un ejemplo de trabajo antropológico político, antiguo o contemporáneo, terminaba explicándome su punto más fino con alusiones al tema económico. Me dejaba claro cómo las relaciones socio-económicas eran clave para el análisis e interpretación de la información. En otras palabras, su exposición sobre antropología política terminó siendo, desde mi óptica, interpretada como un campo de antropología política-económica. Ahora, de la conferencia del Dr. Cajas, tan lúcida en sus opiniones socio-políticas sobre la lucha mexicana y colombiana contra las drogas, como tan pobre en su intento por relacionar dichas posturas a su trabajo antropológico, me quedó la reflexión sobre los enfoques, desde la antropología, y cómo se estudia el fenómeno del narcotráfico.

Fue así como surgió la ambiciosa idea de entrelazar las dos cosas: la invitación a trabajar relacionando estrechamente la antropología política y la antropología económica y enfrentar la ausencia de elementos relacionales entre política y economía, desde el enfoque de los estudios antropológicos sobre el narcotráfico. Es claro, como puede deducirse de semejante postulado, que no resolveré, ni más faltaba, el asunto en esta ponencia. Más bien intentaré dejar una invitación a la antropología para aprovechar las herramientas teóricas y metodológicas de nuestra disciplina (ya probadas de sobra por nuestros antecesores) en temas que se encuentran en el debate actual y que son de suma importancia para nuestra sociedad.

La relación entre el crimen derivado de actividades económicas ilícitas con la política es uno de ellos. Ya no es un secreto, los casos abundan y son cada vez más conocidos, tanto en Colombia como en México. Nos lo dicen los periodistas, los politólogos, los juristas. Yo me pregunto: ¿tendrán algo que decir los antropólogos al respecto?

El narcotráfico como objeto de estudio de la antropología

Pareciera obvio, pero hay que decirlo: los principales trabajos antropológicos sobre narcotráfico están enfocados en la narcocultura. Los narcos, vistos en su dimensión social, forman una subcultura y se convierten en presa antropológica. El enfoque semiótico se encarga de darle la sazón. Aparecen los signos y los símbolos, y el antropólogo hambriento por darle significados. Los autos, la vestimenta, el lenguaje, los apodos, las construcciones, las fiestas, los tatuajes, los peinados, las joyas, la comida, los destinos, las parejas, las formas de pago, los amuletos, los santos, las tumbas, las rumbas, los regalos. En Cali, Colombia, en los ochenta y noventa, cuando los narcos no eran perseguidos, la capital de la salsa bailaba sobre dólares y la narcocultura parecía tragarse la ciudad. Todos estos elementos de la vida cotidiana nos eran cercanos, visibles, inocultables. Curiosamente no es muy visible la literatura antropológica sobre el tema ni abundantes sus autores. El término de narcocultura se empezó a usar en Colombia y en México desde las Ciencias Sociales, no necesariamente por antropólogos.

En México, por ejemplo, podemos citar al sociólogo José Manuel Valenzuela (*Jefe de jefes, corridos y narcocultura en México*, Plaza Janés, México, 2002) y al politólogo y comunicador Nery Córdova (*Narcocultura en Sinaloa: simbología, trasgresión y medios de comunicación. Tesis para optar al título de doctor*. México: UNAM, 2002). En Colombia, al comunicador social, periodista e investigador Alonso Salazar (*Medellín, las subculturas del narcotráfico*. Bogotá: Sociedad y Conflicto, CINEP, 1992) y el psiquiatra, académico y activista Luis Carlos Restrepo (*La fruta prohibida*. Bogotá: Editorial Panamericana, 2001). Son estos autores quienes abordaron el tema desde una perspectiva sociocultural, pero eran ya conocidas desde décadas atrás investigaciones donde se aborda el tema del narcotráfico desde la economía, el derecho, la historia y la geopolítica; entre los más reconocidos están Astorga (1995, 1996), Thoumi (2003), Tokatlian (1991), Kalmanovitz (1990), Santana (2004). Los antropólogos, aunque tardíos, no están ausentes. Muestra de ellos son los trabajos del mismo Juan Cajas (*El truquito y la maroma*,

cocaína, traquetos y pistolocos en Nueva York. Una antropología de la incertidumbre y lo prohibido. Cámara de Diputados/Conaculta/INAH/Miguel Ángel Porrúa, México, 2004.) y Lilian Paola Ovalle Marroquín (“Las fronteras de la narcocultura”, en *La frontera Interpretada*, CEC-Museo UABC, 2005. *Entre la indiferencia y la satanización. Representaciones sociales del narcotráfico*, Mexicali: UABC, 2007). Estos trabajos se caracterizan por su metodología de corte antropológico, con trabajo de campo directamente con informantes que participan o participaron en actividades relacionadas con el tráfico de drogas. El trabajo de Cajas fue en Nueva York, con informantes de origen colombiano, y el de Ovalle tanto en México como en Colombia, con informantes de ambas procedencias. Este tipo de trabajo de campo, con personas al margen de la ley, es admirado por unos y criticado por otros. Pero de cualquier manera dota al antropólogo de información clave que le permite escudriñar en lo más profundo del fenómeno social, con datos que no vienen de la imaginación, ni de la policía, ni de otras fuentes oficiales. El riesgo está presente y el miedo, sospecho, no brilla por su ausencia. El asunto es estar cerca, entrar en el mundo del otro: “Miro desde la perspectiva de los propios actores, intento comprenderlos desde su visión y no pensando que el narcotráfico está lejos, como si no fuera parte central de nuestras sociedades”, responde Lilian Paola Ovalle en una entrevista¹. No se trata de arriesgar el pellejo ni es esta una invitación al peligro. Cito estos dos casos que declaran abiertamente su estilo de trabajo y que han logrado tener éxito con él. Sé que cada circunstancia es diferente, cada momento político es diferente, cada región es diferente. Sin embargo, habrá formas creativas para obtener información directa, la creatividad en esa primera fase del método investigativo no tiene por qué ser exclusiva para el periodismo. Y ahora, por qué no pensar en trabajos interdisciplinarios donde se intercambien, además de conceptos y marcos teóricos, técnicas de recolección clasificación y análisis de la información. Cuánto se enri-

1 Entrevista a Cristian Alarcón, “Antropología de los narcos”, Diario Página 12, Argentina, 16 de septiembre de 2010. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-91437-2007-09-16.html>

quecería un trabajo periodístico con el aporte contextual y holístico del antropólogo. Queda ya lanzada una invitación.

La antropología política y la antropología económica en un mismo cóctel

No voy a ahondar ahora, por cuestiones de espacio, en aspectos teóricos², pero recordemos que desde lo conceptual, tanto la antropología política como la antropología económica, se consideran ramas de la Antropología Social. Ambas han tenido sus promotores y, como era de esperarse, los primeros trabajos se sitúan en comunidades aisladas, primitivas, con los nativos, sociedades tribales, tanto en África como en América y Oceanía. Lee uno a los compiladores de antologías de ambos lados quejarse por igual de la falta de atención a su sub-disciplina (Comas, 1998; Tejera, 1996).

En la medida en que el mundo se va quedando sin nativos por descubrir y que la geopolítica va definiendo nuevos tópicos, la antropología política y la antropología económica también se van acomodando y planteando nuevos problemas. En México no parece haber tenido tanto eco la antropología económica como la antropología política (al menos esto deduzco de mis pesquisas documentales). La mayoría de las fuentes en castellano de libros básicos de antropología económica vienen de España (Comas, 1998; Martínez, 1990), y las traducciones son básicamente del inglés, tanto de Inglaterra (Firth, 1974) como de Estados Unidos (Plattner, 1991). En la antropología política sí tenemos referencias más cercanas, aunque no podemos pasar sobre los clásicos, quienes muestran claramente el enfoque de los primeros estudios antropológicos que se daban teniendo como eje central las relaciones y las estructuras de poder en sociedades primitivas. Dentro de éstos tenemos a Balandier (1967), Clastres (1996),

2 Quedan en la bibliografía algunas de las fuentes que crean el marco teórico de la propuesta, el cual será desarrollado en el posible intento futuro de llevar estas ideas a un trabajo de investigación.

Cohen (1979). De los compiladores en castellano que nos acercan el tema, tanto en tiempo como en espacio, tenemos a Llobera (1979) y Tejera Gao-
na (1996). Y ya metidos en el asunto y proponiendo desde adentro se en-
cuentran la antología de Fábregas (1976) y el análisis de Varela (2005) de
las aproximaciones a la antropología política a la mexicana, ambos textos
documentales. Ahora, ya llegando a unir los dos cabos, quiero mencionar
el texto de Fábregas (La formación histórica de una región: los altos de
Jalisco, 1986), un trabajo de investigación integral con trabajo de campo
antropológico. Dice el autor que estaba haciendo antropología política,
pero yo me atrevo a decir que estaba haciendo antropología política-eco-
nómica. Aparece aquí ya clara la propuesta de nombrar la subdisciplina
con un apellido compuesto, no por capricho ni por facilidad; la razón está
soportada, implícitamente, en el contenido mismo y me lo confirmó el
mismo Fábregas hablando sobre dicho trabajo:

... hicimos una combinación, hubo varios colegas, ahí en los altos de
Jalisco, que estudiaron esta parte económica y la pudimos enlazar muy
bien, nos dimos cuenta que estaban enlazadas, y de allí surgió la termi-
nología de Ecología Cultural Política.

Uno de los ejemplos que me puso, en el mismo escenario de los
altos de Jalisco, fue el siguiente:

... por una imposición de los grupos de poder que entraron en alianza
con la Nestle... inventaron que había una fiebre y mataron a todo el
ganado de carne... y apareció la Nestle ofreciendo vacas lecheras...
convirtieron en lecheros a todos los rancheros. Bueno, ¿y quiénes
controlaban eso?, ahí estaban las respuestas, eso nos llevó al (tema del)
poder, empezamos a ver cómo los círculos de poder controlaban la
producción de leche... y cómo estos eran los grandes intermediarios
para venderle la leche a la Nestle...

Es precisamente en el concepto de Ecología Cultural Política en
el cual este investigador y sus colegas relacionan lo político con lo eco-
nómico; y es donde se ve la convergencia con mi propuesta. El propio
Fábregas lo explica de esta manera:

... nos habían enseñado nuestros maestros que las sociedades humanas se adaptan y se transforman al medio ambiente, y las estrategias que se escogen (para dicha transformación) son estrategias sociales, responden a intereses colectivos, quizás eso fue en alguna época... pero, con el surgimiento del Estado, decíamos que la ecología cultural también era política, en el sentido en que las transformaciones y adaptaciones de una sociedad estaban dirigidas por intereses, y que estos intereses son los que imponían sus puntos de vista... para mí el mundo de la política es el mundo de los intereses...

La teoría actual de la antropología económica hace alusión a la Ecología Política como uno de sus dos principales bloques, siendo el otro el de la Economía Política (Comas, 1998). Llego pues a donde vislumbro el enfoque metodológico y teórico que podría usarse para estudios de narcotráfico que pretendan darnos luces sobre las relaciones de poder grupal (micro), y su articulación con estructuras de poder (macro); analizadas desde el manto de la administración de recursos y las relaciones minúsculas que las componen. Queda planteado de esa manera el cóctel bien mezclado que daría paso a la Antropología Política-Económica como nuevo marco de referencia para este tipo de estudios. Dejaré, por lo pronto, para otro trabajo más amplio, el desglose conceptual de esta propuesta desde la revisión y análisis de la teoría ya mencionada, empezando por separado con la antropología política y la antropología económica para llegar al punto de fusión propuesto.

Colombia y México: advertencias a la comparación

Antes de entrar en la comparación anunciada, quiero resaltar la “Proposition 19”, las votaciones donde se propuso en el Estado de California, EE. UU., la despenalización de la marihuana³. La sola convocatoria al referéndum visibilizó, por fin, el asunto de la legalización de las drogas. Aunque el referéndum fue votado negativamente, el hecho

3 El referéndum propone legalizar (regular y controlar) la producción, la venta y el consumo de marihuana.

de socializar el debate ya fue ganancia. Colombia en los setentas fue el principal exportador de marihuana a los Estados Unidos, hasta que los gringos empezaron a sembrarla y se quedaron con el negocio. Fue el abre-bocas a la cocaína, a la pesadilla del polvo blanco. Hoy Colombia sigue siendo, desde hace por lo menos tres décadas, el principal exportador de cocaína del mundo. Y Estados Unidos su principal mercado. México provee a Estados Unidos alrededor del 50% de marihuana que consume, Canadá provee un poquito y el resto lo siembra en su propio territorio. La coca, planta prodigiosa, no crece con todas sus características fuera de una región andina que comparten Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Por eso aún no han desplazado a Colombia del negocio. O por lo menos del pedacito de negocio en el que participa, no tan voluminoso en dólares como en sangre y violencia. Y aunque aproximadamente el 90% de las ganancias de la cocaína se queda en los Estados Unidos, las cifras son de tal magnitud que han permitido en Colombia financiar, entre muchas otras cosas, industrias, medios de comunicación, espectáculo, arte, construcción, universidades, iglesias, equipos de fútbol, reinados de belleza, ejércitos paramilitares, guerrillas y hasta presidentes de la república. Las utilidades del narcotráfico son tan grandes que por más restricciones y barreras que se pongan, siempre habrá quien quiera entrarle al negocio. Mientras haya quién la compre habrá quién la produzca y la venda. Es la ley más sencilla de la ciencia económica. Colombia la produce, México participa en las labores logísticas y Estados Unidos la consume. Esto simplificando un poco el asunto. Pero vemos aquí el principal elemento diferenciador del papel que juegan estos países en el entramado del tráfico ilegal de cocaína. Más claro lo puede explicar “Popeye”, John Jairo Velasquez, exjefe de sicarios de Pablo Escobar:

... La mafia mexicana es la más poderosa del narcotráfico, porque ellos son los ricos del narcotráfico; el narcotraficante colombiano tiene que luchar desde la matica hasta enviarla a las costas mexicanas, al golfo de México, y los mexicanos no se mojan un dedo, cogen el 30, el 40, el 50 y la pasan sin mojarse. Ellos son riquísimos, el dinero del narcotráfico está es en México (...) lo de México es brutal, es la misma guerra de Pablo Escobar, esas matanzas donde cortándole la cabeza a la persona y botando el cadáver, eso viene desde la muerte de Colosio (...) la mafia

mexicana es realmente brutal, es una mafia sanguinaria, son guapos, son bandidos, y tienen muchísimo dinero, y realmente ellos tienen que entrar primero a permear la policía; porque la policía mexicana es muy corrupta, lo mismo pasó en Colombia, cuando ya la policía la profesionalizaron, ya tuvieron éxito sobre el crimen, porque a nosotros nos vencieron fue de esa forma...⁴

Queda clara la primera diferencia, pero también nos introduce, un poco, a la primera similitud: la guerra, el tipo de guerra, la violencia sanguinaria. Ahora, los narcotraficantes mexicanos llevan por lo menos treinta años gozando de un negocio de alta rentabilidad, acumulando riqueza. Concentrando poder adquisitivo de armas, aumentando su impresionante poder de corrupción. Esto, como en Colombia, les ha permitido irse incrustando en la sociedad de tal manera que desterrarlo no será nada fácil. El narcotráfico es un negocio internacional, las redes de transporte y comercialización son amplias y en ellas participan muchas nacionalidades. Los colombianos y los mexicanos tienen relaciones antiguas y estrechas, México es territorio de paso, punto intermedio de muchas de las incontables rutas. Lo corrobora alguien con gran conocimiento de causa, Gilberto Rodríguez Orejuela, ex-jefe del Cartel de Cali: "...en el 95 confesé una cantidad grande de cocaína por rutas, por vías que ni siquiera se han imaginado los Estados Unidos ni las autoridades colombianas..."⁵

En la misma entrevista podemos también ver una muestra del grado de relaciones a las que ha llegado el crimen organizado. Se refiere aquí a la búsqueda de Pablo Escobar por parte del Estado colombiano: Entrevistador:

Pero ¿ayudaron mucho a perseguirlo hasta su captura? Gilberto Rodríguez: "Claro que sí no es que ayudamos, nosotros lo capturamos,

4 Entrevista con Angels Barceló, Hora 25 Global, Unión Radio, febrero 8 de 2010. Disponible en: <http://www.wrudio.com.mx/nota.aspx?id=950144>.

5 Entrevista con Julio Sánchez Cristo, La W Radio Colombia, diciembre 6 de 2004, horas antes de ser extraditado a Estados Unidos. Disponible en: <http://www.wrudio.com.co/oir.aspx?id=133120>.

les dijimos ahí está en esa casa. Hay un aparato que se llama Direction Finder, en ese momento no se conocía en Colombia, la policía no lo tenía, nosotros lo trajimos, nosotros le desenrollamos los teléfonos, le grabamos, tenemos más de 500 casetes del señor Pablo Escobar (...) esos aparatos los aportamos nosotros y la información sobre Pablo Escobar la aportamos nosotros...”

Y al ser indagado al respecto de la financiación de campañas políticas, responde: “...yo siempre de una manera u otra estuve vinculado a en los últimos 20 años a todas las campañas...” De hecho, el escándalo y la investigación de los US\$6 millones que el Cartel de Cali donó a la campaña del ex-presidente Ernesto Samper (1994-1998), destapó gran parte de los lazos de la clase política colombiana con el narcotráfico. Pero quizás el elemento diferenciador más claro del fenómeno del narcotráfico colombiano con el mexicano tiene que ver con los cincuenta años que lleva Colombia inmersa en un conflicto social y armado, guerra en la cual el narcotráfico ha sido el combustible mayor, eje transversal que, en los últimos 25 años, ha venido a complejizar más el asunto y a agudizar la confrontación bélica que tantas víctimas ha dejado en mi país. Aunque hay una tendencia reciente en algunos círculos estadounidenses por darle al problema mexicano el calificativo de narcoinsurgente; viene de una conceptualización de otro orden. No hay punto de comparación con el complejo conflicto colombiano, donde el narcoparamilitarismo penetró incluso el Congreso de la República y hasta el palacio presidencial. Los lazos de la guerrilla con el narcotráfico, en especial las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP), son también un tema bastante polémico. Ni tan cierto es que son las FARC el cartel colombiano más grande y que mayor volumen de cocaína exporta, como tampoco lo es que la participación de las FARC en el narcotráfico se limita a cobrar un insignificante impuesto a los campesinos que siembran plantas ilegales. Hay que reconocer que la situación en Colombia ha cambiado, no es la misma de los carros bomba de Pablo Escobar, de las escuelas de sicarios de Medellín, de los traquetos mostrando sus armas en cualquier esquina de Cali, de la extravagancia que permitía que en Bogotá circularan autos similares a los de Hollywood y que tuviéramos cautiva fauna africana

al estilo Busch Gardens sólo por lujo y recreación de algunas familias. Pero esto no demuestra el triunfo de “la guerra contra las drogas” ni la disminución del poderío económico de los narcos. El narcotráfico en Colombia sigue en aumento, solo se ha transformado, los narcos se han adaptado a nuevas realidades y han cambiado sus prácticas, han bajado el perfil, tienen ahora otros estilos de relaciones y de maneras de hacer negocios dentro y fuera de la legalidad. Son otros tiempos. La llamada “colombianización de México” hace referencia a la situación que se desató después de que el presidente Calderón alborotó el avispero, y eso recuerda, guardando las proporciones, a la Colombia de los noventa. Ya para terminar, dejaré enunciados algunos otros elementos pares y disparés entre Colombia y México que deben ser examinados antes de hacer comparaciones lineales y simplistas⁶.

La cooperación de los Estados Unidos (el Plan Colombia y la Iniciativa Mérida son distintos por naturaleza pero ambos reflejan la desigual relación militar y económica de nuestros países con la potencia del Norte); La cada vez más clara e imparable participación del narco en los poderes políticos locales y cómo esto se articula, de una u otra manera, a las estructuras políticas de orden nacional (la relación crimen organizado-política dará mucho de qué hablar en las próximas décadas en México); ambos tienen ventajas estratégicas desde lo geográfico, pero de diferente orden: México tiene de cliente al vecino, comparte un enorme borde fronterizo de 3.300 km con los Estados Unidos. Colombia se sitúa en el ombligo del continente, territorio privilegiado para el cultivo de coca y amapola y con puertos sobre los dos océanos. Los estilos de gobierno son similares, sobre todo durante los últimos ocho años, tanto en lo ideológico como en la práctica: tecnócratas, moralistas, partidarios de la interdicción, pro-inversión extranjera, militaristas y pro-cooperación estadounidense. Elementos diferenciales: El consumo interno de cocaí-

6 No pocas veces he escuchado en México expresiones como: “Colombia ya está muy bien, ya todo pasó México está en su momento difícil pero igual que Colombia, también pasará esa página”. Incluso si fuera cierta esta caricatura, ¿cuál sería el costo? ¿valdría la pena tanto sufrimiento y destrucción?

na en México es del 0,4% de la población, en Colombia es del 0,8%. (En Estados Unidos es del 2,6%)⁷.

Lo cultural: La idiosincrasia. La historia social y política de ambos pueblos es diferente y eso moldea los aspectos culturales, es decir que determina comportamientos disímiles en las relaciones sociales. Seguramente habrá elementos muy diferentes en la cultura política y económica.

Sistema político: Colombia es un país centralista, México federalista. Esto implica diferencias de estructura, mencionemos sólo una: la policía colombiana y las policías mexicanas.

Sistema jurídico: Las leyes, la fiscalía, la extradición, los jueces. Las diferencias están tanto en el papel como en la práctica. Como vemos son muchos los factores que crean realidades diferentes entre Colombia y México. No obstante, comparten elementos que dan pie para que se especule y se compare. De todas maneras, la estrecha relación que guardan como agentes activos en las redes del narcotráfico siempre los va a poner en lugares cercanos para el análisis. En conclusión, desde el punto de vista antropológico, hay abiertas posibilidades para estudios comparativos que permitan estudiar el crimen organizado y su relación con el poder, desde un modelo micro-macro, observando cómo la base de los factores económicos (producción, transformación, distribución y comercialización) determina dinámicas en las relaciones de poder dentro de las redes y organizaciones del narcotráfico; y la manera cómo esto permea y transforma estructuras de poder formal en lo local, nacional e internacional. Para casos como estos tenemos a la antropología política-económica.

Bibliografía

Astorga, Luis

1995 Mitología del narcotraficante en México, Plaza y Valdés; México: Universidad Nacional Autónoma de México.

7 Fuente: World Drug Report, 2010. United Nations Office on Drugs and Crime (UNODC).

- Astorga, Luis
1996 El siglo de las drogas, México: Editorial Espasa Calpe.
- Balandier, Georges
1967 *Anthropologie politique*. París: Presses Universitaires de France.
2004 *Antropología política*, Buenos Aires: Del Sol.
- Cajas, Juan
2004 *El truquito y la maroma, cocaína, traquetos y pistolocos en Nueva York. Una antropología de la incertidumbre y lo prohibido*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Miguel Ángel Porrúa, Cámara de Diputados LIX Legislatura, México, D. F.
- Clastres, Pierre
1996 *Investigaciones en antropología política*, Barcelona: Editorial Gedisa.
- Cohen, Abner
1979 “Antropología política: El análisis del simbolismo en las relaciones de poder”, en José R. Llobera (ed.), *Antropología política*, pp. 55-82, Barcelona: Anagrama, 55-82.
- Comas D’argemir, Dolors
1998 *Antropología Económica*, Barcelona: Editorial Ariel.
- Fábregas, Andrés
1976 *Antropología política: una antología*, México Prisma.
- Fábregas, Andrés
1986 “La formación histórica de una región: los altos de Jalisco,” Centro de Investigaciones y Estudios Superiores, en *Antropología Social*, México: Ediciones de la Casa Chata.
- Firth, Raymond (Comp.)
1974 *Temas de antropología económica*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Krotz, Esteban
1990 “Antropología, elecciones y cultura política”, *Nueva Antropología*, vol. XI, no. 38, pp. 9-19, México, D. F.
- Llobera J. R. (compilador)
1979 *Antropología Política*, Barcelona: Anagrama.
- Martínez Veiga, Ubaldo
1990 *Antropología económica: conceptos, teorías, debate*, Barcelona: Icaria, 1990.
- Molina, José Luis y Hugo Valenzuela
2007 *Invitación a la antropología económica*, Barcelona: Editorial

Bellaterra.

Ovalle, Lilian Paola

- 2010 “Narcotráfico y poder. Campo de lucha por la legitimidad”, en *Athenea Digital*, 17, 77-94. Disponible en: <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/632>.

Ovalle, Lilian Paola

- 2005 “Las fronteras de la narcocultura”, en *La frontera Interpretada*. Mexicali: CEC-Museo UABC.

Plattner, Stuart

- 1991 *Antropología económica*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; Alianza.

Santana, Adalberto

- 2004 *El narcotráfico en América Latina*, México: Siglo XXI Editores.

Tejera Gaona, Hector

- 1996 *Antropología política: enfoques contemporáneos*, INAH; México: Plaza y Valdés.

Varela, Roberto

- 1984 *Expansión de sistemas y relaciones de poder*, México: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.

Varela, Roberto

- 2005 *Cultura y poder: Una visión antropológica para el análisis de la cultura política*, Barcelona: Anthropos Editorial; México: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.